

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Manel Gasch, monje de Montserrat
26 de junio de 2016
1 Re 19,16b.19-21 / Gal 5,1.13-18 / Lc 9,51-62

¿Cuál de las dos frases que hemos leído en la carta a los Gálatas os parece hermanos y hermanas que describe mejor los tiempos que vivimos, las cosas que hemos visto y oído estas últimas semanas y días? La primera dice: "mordiéndooos y devorándooos unos a otros acabaréis por destruirnos mutuamente" y la otra: "sed esclavos unos de otros por amor."

He tenido la impresión de que San Pablo se salía de la historia para hacerse presente y recordarnos con simplicidad dónde está la esencia de la vida y de las actitudes cristianas. Al final de un periodo electoral nos queda el regusto de que la agresividad está a la orden del día, después de haber evidenciado el *Brexit*, también nos queda la sensación de que no era precisamente el argumento *de amar y servir* lo que habían defendido en un lado y en el otro. El último domingo que hice la homilía ya me referí al problema de los inmigrantes y desgraciadamente, tocaría referirse a ellos hoy todavía más radicalmente después de haber visto el desalojo de los campos fronterizos de Grecia, el testimonio de los voluntarios, la acuerdo con Turquía para expulsarlos de la UE, denunciado por toda la Iglesia. Sí, hermanos y hermanas, por todo eso que sale en los periódicos, parece que el "morderos y devoraros" está más vigente que el amaos y servíooos.

Quisiera decir dos cosas: la primera es que las impresiones engañan: que hay un ejército de personas que no se muerden ni se devoran sino que han entendido que la plenitud de la ley es quererse, no hacen ruido pero son efectivas, sino el mundo sería totalmente inhabitable. La segunda cosa es que el mensaje cristiano es para el mundo, y si una parte de este mundo se muerde y se devora, es precisamente en este mundo en el que tiene mucho sentido seguir diciendo que esto lleva a la destrucción y que sólo el amor lleva a la construcción.

En este contexto de las cosas que pasan en nuestro entorno podríamos discutir, hermanos y hermanas, si en estos tiempos nuestros, tan agitados, la radicalidad es positiva o negativa. Oímos hablar de radicalidad, cuando escuchamos esto del radicalismo islámico, que no tiene ningún eco positivo. Seguramente estaríamos de acuerdo en que casi nada es absoluto: pero: ¿y Dios? El evangelio de hoy nos muestra una de las caras más radicales de Jesús: la cara de decir que ante la urgencia de predicar el Reino de Dios y de seguirlo, lo demás, hasta aquellas cosas que eran constitutivas de un mandamiento inevitable, como enterrar los padres, son relativas.

Radicalidad: sí: pero sólo para Dios. Radicalidad de cualquier manera: ¡no! En la primera parte del evangelio hemos leído cómo Jesús se niega permitir ninguna violencia contra aquellos que no lo acogen. Qué finura separar el fin radical que es el Reino de Dios, de otras cuestiones rituales y de costumbres, como el de no haberlo acogido porque iba a Jerusalén y eso no gustaba a los samaritanos, qué finura al dejar claro que el fin no justifica los medios. En la segunda parte del Evangelio, cuando Jesús llama al seguimiento, qué finura encontramos en el no imponerse y dejar margen a la decisión personal, dejando claras las exigencias.

Un Dios como el que Jesús nos ha revelado, que resume toda su Ley diciendo "amar al prójimo como a ti mismo" es un Dios que puede pedir radicalidad, porque en él no hay ninguna ambigüedad, no hay ningún pacto con las fuerzas destructivas del mundo. Es un Dios que apela a la libertad de la que nos hablaba también la carta a los

Gálatas. La libertad por la que Jesús se dirige radicalmente a sus seguidores, es un don de Dios para amar a los demás y para servirlos y eso no tiene ninguna ambigüedad, por eso, repito, el cristianismo es radical en su mensaje.

Los que no somos tan claros como el mensaje de Jesucristo somos naturalmente nosotros. ¿Deberíamos desanimarnos si viéramos que no llegamos a las exigencias que se desprenden de los consejos difíciles que hemos leído? San Pablo mismo ya comprendía que en este seguimiento basado en la libertad, corremos siempre el peligro de utilizarla para justificar lo que nos apetece. Justificarse es una de las cosas que mejor sabemos hacer. Nuestros políticos nos dan muestras constantes: nunca hay ningún reconocimiento de un error: también hay que entenderlo: no debe de ser electoral, ¡y tienen tanta presión, los pobres!

En cambio, la Iglesia, fiel a la bondad de Dios y a pesar de sus exageraciones y rigideces, ha querido transmitir el mensaje de que Dios cuenta con nuestra fragilidad. Cuando nosotros débiles, ambiguos, no siempre fieles, nos encontramos con la radicalidad del Evangelio, no se produce ningún rechazo, sino una integración de nuestra debilidad en la misericordia de Dios, que es la única que tiene la fuerza de superarnos. Este es el mensaje del Jubileo de la misericordia de este año, el de recordarnos que para Dios la radicalidad más importante es la del perdón y la aceptación de cualquier persona, sea cual sea su historia y su situación.

En el fondo, si estamos en la dinámica del Espíritu, la radicalidad del seguimiento ganará la partida de nuestra libertad, si estamos en la dinámica de las muchas cosas que nos llevan a la destrucción y que el lenguaje del Nuevo Testamento llama carne por oposición a Espíritu, se nos colarán muchas cosas que no serán fruto de la radicalidad de Dios sino de nuestra miseria..., tenemos el camino delante. Sólo tenemos que elegir con sensatez, que nos ayude a ello esta eucaristía.